

## PENSAMIENTO Y VIDA

**D**URANTE muchas centurias la humanidad vivió del crédito de su razón. Ella definía con certera precisión e infalible acierto las conyunturas vitales. No sólo diferenciaba la verdad del error sino que, recorriendo el velo de «maya» de las cosas, leía en su interior la realidad fundamental, latente y oculta a la mirada superficial y de los sentidos.

El hombre, entregado a la tarea de vivir, sabía que la razón guiaba sus pasos, encauzaba sus éxitos y satisfacía plenamente su inquietud con afanes de sistema. Por ninguna parte cercaban los límites el poder de la inteligencia. Las otras fuerzas humanas: el instinto, el sentimiento y la voluntad, eran potencias ciegas que para obrar bien debían teñirse de sentido racional.

Esta actitud de confianza absoluta en el poder de la razón se fundamentaba en los tres pilares del conocimiento natural: lógica, matemática y física. Las tres poseían principios racionales evidentes y de una seguridad indubitable. El progreso científico corroboraba esta confianza y por un momento la luz del intelecto iluminó hasta los últimos de los rincones del cosmos y del alma. La razón se erigió en diosa, a cuyo servicio tenía como vestales humildes a las otras potencias humanas.

Este poder absorbente había trascendido desde las minorías selectas a los círculos sociales cada vez más amplios. La racionabilidad dominó no solamente en el campo filosófico y científico sino que se extendió también al orden cultural, pedagógico, artístico y político. La historia nos enseña cómo las revoluciones se justificaban basándose en derechos racionales; igualmente vemos el carácter eminentemente intelectualista que tomó la educación y la imitación que se hizo en el arte de las obras clásicas, las cuales se consideraban como la expresión más perfecta del ideal normativo.

Los que encauzaron y sistematizaron esta corriente de signo racionalista fueron indudablemente filósofos-matemáticos como Descartes, Spinoza, Leibnitz y Hegel. Toda su obra se resumiría en la búsqueda del camino seguro que lleva al intelecto a la posesión completa de la verdad. Con ellos el *homo sapiens* asciende hasta la cumbre del Olimpo

y se le rinde el culto de la fe más ciega. Sentimientos e instintos, doblegados al imperio de la razón, buscan su apoyo y defensa sumisos en su papel.

Cuando estos hombres tratan de definir el sentimiento, lo hacen de la forma más despectiva. Descartes al igual que Spinoza considera al sentimiento como el mundo oscuro y vitando de las pasiones, que se encuentra fuera del plano superior de las ideas claras y distintas. En cambio, el pensamiento constituye la substancia esencial del alma: *ego sum res cogitans*, así como la extensión lo es del cosmos; pero aun esta extensión viene determinada también en todas sus concreciones por formas matemático-rationales.

Este racionalismo absolutista terminó después de la crítica kantiana en el más completo y sistemático racionalismo metafísico con Hegel. Todas las cosas, hasta las más diversas y materiales, son momentos de la idea que deviene constantemente. Se logra entonces la más completa racionalización que pudiera desearse. Las manifestaciones vitales se resuelven en ideas y hasta los más apartados rincones se extiende el poderío del pensamiento.

En síntesis, no muy perfecta de significación por otra parte, se llega a decir que todo lo real es racional y viceversa. El pensamiento en su imperio ha llegado al cénit, pero pronto se ha de realizar su decadencia. Ya la dialéctica antitética racionalista de Hegel anidaba la semilla de lo irracional, puesto que la idea en su evolución incesante no logra nunca una síntesis definitiva y acabada, y con ello el espíritu en sí, la razón, tiene que deshacerse en inquietud atormentadora, siempre renovada.

Esta dialéctica deslizante y resbaladiza se convierte pronto, en Schopenhauer, en voluntad ciega y caprichosa que marcha sin cesar, renovándose sin finalidad alguna. El último fundamento del ser, la fuente de todos los fenómenos, suscitadora de todos ellos, ha pasado del entendimiento a la voluntad. Abierta la brecha en las trincheras de la razón, pronto surgirán los ataques contra ella desde todas las direcciones.

El paladín más brillante sin duda de esta corriente antirracionalista fué F. Nietzsche. Surge con él la sacudida violenta de las fuerzas instintivas y subconscientes contra el dominio de la racionalidad. La voluntad de dominio de la que el superhombre es su representante más auténtico, se yergue dominante sobre las ruínas de su contrario. Sólo cuando se libera el hombre de la esclavitud de la razón consigue ser dueño de sí mismo y logra la realización de su destino, sin más meta que el retorno eterno. Como una consecuencia necesaria síguese el desplazamiento de las leyes eternas que con base firme regían las acciones humanas, para

sustituirlas por normas derivadas del poder. La voluntad de dominio es superior a todas las leyes, pues ella misma es su creadora. Todo se justifica con el triunfo y no con el fallo del tribunal de la sensatez. Este vitalismo ciego y absorbente divulgado por Nietzsche en forma poética y sugestiva levantó gran revuelo en los ambientes doctrinarios artísticos y sociales.

Una duda satánica fué carcomiendo los cimientos más sólidos de la razón; ni las ciencias, siempre tan seguras en la evidencia de los sentidos, ni las matemáticas ni la lógica, clásicas por excelencia, resistieron firmes el ataque. El conocimiento ahora no es más que un acto vital, un medio para conservar la vida y para desarrollarla lo más posible, y no un medio para alcanzar la verdad.

El vitalismo rebelde y revolucionario, como dice F. Sciacca, constituye la esencia y el centro propulsor de las cuatro quintas partes de filosofía contemporánea de antes de la guerra del 14-18. Trátase, no sólo de un movimiento filosófico, sino también cultural, que desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días sacude desde sus fundamentos las construcciones racionalistas basadas en unos principios tenidos por universales y necesarios y que desde Descartes hasta el positivismo se habían disputado el campo de la filosofía.

Llega un momento en que a la razón se le niega todo derecho. No sólo ha perdido el cetro humano sino que se la arroja de todos los dominios del conocimiento especulativo. E. Bergson, preclaro talento dotado de imaginación brillantísima, no duda en desplazar al intelecto de la filosofía. En su lugar sitúa a la intuición, una especie de penetración místico-artística en la realidad de los seres. La inteligencia, con sus redes sistemáticas, es inzapaz de aprisionar la corriente de la vida que fluye armónica y llena de intensidades cualitativas, al modo de la fuerza ciega de Nietzsche.

No nos hacemos fácilmente la idea de lo que esta lucha pudo significar en la civilización; es como si alguien que vive tranquilo en su casa creyendo en la seguridad de las paredes, se le avisase de que de un momento a otro se iba a caer la casa por falta de cimientos.

La repercusión de esta crisis racional junto con el dominio del impulso poderoso y arbitrario de las fuerzas ciegas se dejó sentir enseguida en todas las manifestaciones culturales y artísticas. Hasta el mismo edificio sólido y seguro en apariencia de la física de Newton se viene abajo al resquebrajarse los fundamentos racionales en que se sustentaba. Ni el espacio absoluto, ni el tiempo absoluto, ni la misma ley de gravitación ofrecen ya garantía alguna, renovándose en su sustitución los intentos hipotéticos, sin ninguna afirmación de seguridad. La razón físico-matemática resbala incesantemente sobre hipótesis provisionales.

En el campo que más claramente se ha dejado sentir la influencia del impulso vitalista ha sido sin duda en la Psicología. Freud rompe la primera lanza contra la conciencia reflexiva, y valiéndose del psicoanálisis que se fundamenta en las leyes de la asociación espontánea, penetra en la región oscura del subconsciente. Desde el nuevo dominio descubierto intentará explicar todas las acciones humanas. La conciencia queda simbolizada por la superficie movediza de las aguas del mar, cuyas olas se rigen por las leyes de las corrientes casi abismales y subconscientes de nuestro ser.

Hay en toda la obra de Freud, extensa y muy divulgada, una clara repercusión de Nietzsche. Late en toda ella un vitalismo ciego y pansensualista que irrumpe de una u otra forma en todos los hechos de nuestra vida. En las filas de Freud se alistan legiones de prosélitos y aunque difieran de su maestro en cuestiones accidentales, todos aceptan el sentido vitalista e impulsivo subconsciente de los actos humanos.

Comparte la celebridad de Freud su discípulo, disidente en parte, A. Adler, cuya obra trasciende a los dominios de lo vulgar. Nadie medianamente culto ignora la significación para nuestra vida de los complejos y el carácter eminentemente voluntarista que anima a nuestro ser. No es necesario que me extienda aquí en el alcance de la palabra complejo. El radio de su influencia se extiende a la novela, al cine, y hasta en las tertulias públicas y privadas se habla de estos temas con más frecuencia y con menos conocimiento de lo que se debería. Es más, las extravagancias más absurdas del orden artístico intentan justificarse en este alud vitalista y subconsciente que aún tiene ojos para buscar la alegoría y el simbolismo.

Solamente quedaba un reducto en el que no se había atrevido a irrumpir el impulso arrollador del instinto; pero en los momentos actuales llegan los primeros ecos de un cambio de actitud. La Teología Católica siempre se sirvió de la base racional que le prestara la filosofía escolástica. La ciencia teológica, partiendo de la revelación como base, se expresó y sistematizó en conceptos escolásticos, y hasta los misterios se aclararon a través del prisma racional tomista, que profundizaba cual fino escalpelo en las fisuras más profundas de lo sobrenatural. Pero los teólogos franceses contemporáneos, contagiados sin duda del ambiente romántico-vitalista de la filosofía contemporánea, en la que por cierto figuran nombres de tanta valía como Blondel, Le Roy, Marcell, L. Lavelle, han iniciado un movimiento de signo antirracionalista y antiescolástico <sup>1</sup>. No sabemos hasta dónde llegará su influencia ni cuál será la reacción de la Iglesia, pero registramos el hecho por lo que tiene de sintomático, sin aventurarnos en predicciones fáciles de expresar como difíciles de comprobar.

En medio de esta baraúnda de impulsos instintivos y de sentimiento, la función intelectual queda desplazada del todo de su esfera. Es verdad que el hombre actual continúa almacenando conocimientos y cada día son más los descubrimientos que realiza en el orden experimental y fenoménico, pero, perdida la supremacía de la razón en la dirección de la vida, estos conocimientos se traducen tan sólo en instrumentos útiles. El lema de Compté—«saber para prever»—dirige hoy toda actividad científica, suprimiéndose todo lo que no reporte utilidad. Las ideas se reducen a esquemas de acción, en recetas y etiquetas, y la ciencia en oficio.

Se prodigan las especialidades en la ciencia, que al adquirir independencia y autonomía desintegran el saber. La falta de articulación y de finalidad elevada de la ciencia desorienta al hombre que se pierde también en los caminos sin salida de la especialidad. El hombre, verdadero microcosmos, revestido de dignidad precisamente por su categoría sobre los demás seres—*Deus fecit hominem ad imaginem et similitudinem suam*—y con fines supraterrénos que alcanzar, queda reducido a mera máquina investigadora y almacenadora de ideas útiles.

Si los problemas inquietantes de la vida son desplazados de la investigación, el fardo de conocimientos útiles tiene por fuerza que producir al hombre hastío y desilusión. Solamente cuando se le habla de las verdades eternas y transcendentales se colma su inquietud y toma fuerzas para volar por las regiones de la esperanza y de la ilusión. ¡Triste destino humano si estuviera siempre envuelto en las nieblas espesas y pudiera caminar por senderos teleológicos!

Pero hasta esta actitud se trata de justificar, para acallar con ello los impulsos eternos y hacer que surjan en su lugar los huracanes de las ciegas pasiones y de los instintos biológicos. Con todo descaro el pragmatismo moderno se ha lanzado a esta tarea, defendiendo que la verdad teórica es un absurdo y que nuestro provecho es el que se reviste de ideal noble y desinteresado.

Apagado al faro de la verdad eterna y sin brújula orientadora, el hombre contemporáneo se bate entre las olas sin otro fin que resistir los embates. Arrojado a la existencia, sin principio divino, camina angustiado hasta que llegue el momento de volver a la nada de donde vino. Sólo la distracción le hace olvidar esta situación angustiosa y por ello corre tras ella con loco frenesí. Vivir por vivir, llevando a cuestras una carga de ideas más o menos útiles y sin pisar nunca tierra firme: no podía ser otro el fin del hombre una vez que arrojó a la razón de su centro.

Se impone pues en esta hora de crisis, como primera medida, una revisión de las potencias humanas y establecer entre ellas la jerarquía

debida. Sin esta tarea sería inútil todo intento bien intencionado. Nadie mejor que Santo Tomás supo coordinar en síntesis armónica los derechos de las dos fuerzas primordiales, intelecto y voluntad, comprensión e instinto. El Doctor Angélico, en forma clara y concluyente, determina esta jerarquía. La preeminencia esencial, dice, de una potencia depende de su objeto y de su actividad, pero el bien del entendimiento es el que mueve la voluntad; por consiguiente, la razón del ser bueno radica en lo verdadero <sup>2</sup>. El mismo resultado se deduce si enfrentamos a estas dos facultades en orden a la actividad. Siempre será más perfecto poseer en sí mismo una cosa que no tender hacia ella.

En suma, si respetamos el orden establecido en las cosas y en las potencias, la inteligencia está llamada a presidir los actos humanos. La vida debe fundarse en la verdad y hacia ella orientar las energías que gastemos en la creación constante que exige el modo de ser constitutivo de nuestra existencia.

Teóricamente la cuestión que hemos planteado no ofrece grandes dudas. La verdad de la inteligencia marca las directrices a que las fuerzas instintivas y voluntarias han de someterse en actitud sumisa. Pero en la práctica, si analizamos el hecho real, se presentan distintas salidas, con mejores o peores subterfugios, que no quieren saber nada de las señales indicadoras. Corrientemente la verdad viene expresada por un subsuelo de creencias. El hombre de determinadas épocas y situaciones se ha sentido seguro en sus creencias, sin que la duda alterase su tranquilidad. Vivía en la posesión firme de la verdad, una verdad cuyos resplandores cegaban por completo a la razón y no dejaba resquicio alguno en donde anidara la duda. Es una forma tranquila de vivir en la verdad, y a la que no se puede oponer reparos.

En otras ocasiones el hombre advierte que posee un intelecto purificador de ideas-creencias y sin ningún escrúpulo se ejercita en la crítica de ellas. El resultado es que verdades logradas por este empeño se van apoyando unas en otras formando un sistema, que por otra parte nunca llega a ser completo. Por esto mismo no se puede abandonar del todo aquel subsuelo de creencias. La ciencia humana no es capaz de llenar todos los huecos de la vida y si lo logra es porque se ha concedido a la ciencia un crédito de fe exagerado.

La vida entonces se apoya en la razón y en la fe. Es otra forma de vivir en la verdad y por cierto frecuente en el hombre consagrado al estudio de la sabiduría. Su aspiración es noble y bien intencionada, como lo es también la del que no pudiéndose consagrar a esta tarea se fía de las personas de crédito científico justificado.

Sin embargo, quizás no sea esta la postura más corriente del hombre actual. Otras dos formas de vida, inauténticas del todo, llenan su exis-

tencia. Una de ellas es la de vivir alejado de la verdad y otra, no menos frecuente en nuestros tiempos, la de vivir sobre la falsedad abierta y descaradamente. A aquélla se ha llegado siempre por un exceso de apetito de la vida y por una falta de centralización de los problemas humanos. Sumido el hombre en llamadas incesantes del medio ambiente, se deja arrastrar por el oleaje sin fijarse si el timón le lleva al puerto anhelado. Aman la vida, como diría Nietzsche, para desaparecer en ella, sin buscar tras las estrellas una razón para perecer o sacrificarse. Pero, como advierte R. Eucken, sin un mundo del pensamiento, sin una metafísica, sólo es posible una escisión de la vida, un utilitarismo, pero no una labor cultural coherente, ni una sólida convicción de las últimas cosas, que son las que en definitiva interesan al hombre. Además, desaparece la dignidad humana, sustentada casi por completo en el vértice de la razón, por lo que la arbitrariedad y el despotismo serían los pilares de lo social.

Podríamos analizar todavía la postura del hombre que vive de espaldas a la verdad, más frecuente aún que la actitud anterior. El egoísmo y la falta de honradez le absorben por completo hasta anular su personalidad. Escondida la cabeza bajo el ala, odian a los que le avisan del peligro o, acariciados por la brisa del bienestar, renuncian a reconocerse a sí mismos, enmascarando con la careta de un falso ideal las intenciones antihumanas y antinaturales.

Para romper el absurdo y situarse en el terreno que debemos, hay que retirarse a las tranquilas moradas del pensar que ha entrado en sí mismo y en sí mismo permanece, donde callan los intereses y brillan los ideales que mueven las vidas de los pueblos y de los individuos.

El hombre actual, exprimiendo las maravillosas posibilidades técnicas del universo, marcha veloz en busca de una salida a los urgentes problemas cotidianos. Conviene que se detenga y escuche en su interior de vez en cuando el eco de los problemas inquietantes de su persona: los problemas del ser, del mundo, de la verdad. Fundar la vida sobre caminos iluminados por la razón y no perdidos en las tinieblas de las pasiones.

EMILIO MARTINEZ TORRES

1. Vid. «Razón y Fe», núm. 624, págs. 10 ss.
2. Dr. G. M. MAUSER, O. P., *La esencia del tomismo* (Madrid, C. S. I. C., 1948), pág. 10 ss.